

# El hombre que hablaba con las máquinas - 02 - Ekomilk

Paco Pérez Caballero

## El hombre que hablaba con las máquinas

Ekomilk

Por Paco Pérez Caballero



megusta escribir

# Capítulo 1

## **El hombre que hablaba con las máquinas**

**Ekomilk**

**Por Paco Pérez Caballero**

Era un día tórrido de verano, donde el aire no se movía ni un poquito siquiera. Blídimin conducía por una autopista desierta en dirección a una granja remota donde tenían un problema con una máquina de la que no habían querido decirle nada por teléfono. La salida 11 de la autopista era una carretera secundaria, terciaria o quizá cuaternaria, a juzgar por la escasez de asfalto y la abundancia de agujeros y baches que contenía. Eso y los huesos de mamut y diplodocos que había a ambos lados.

Paró el motor del coche al llegar a la granja con lo que también se detuvo la nubecilla de polvo que le siguió durante todo el trayecto por la carretera cuaternaria, que inmediatamente cayó al suelo emitiendo un sordo siseo.

Le acompañaron al interior de una vaquería donde el calor ya no era asfixiante sino que olía a caca de vaca. Eso le hizo recordar dulces momentos de su juventud cuando entrenaba atletismo campo a través y él siempre corría detrás de una compañera de equipo que tenía el culo mejor dibujado de la historia del cómic. Siempre hacían una pausa de pocos segundos al pasar junto a las granjas de cerdos y vacas para observar lo grandes que eran esos animales, se reían y seguían corriendo, ella delante y él detrás.

Bueno, allí estaba la máquina, grande, robusta, como si fuera una más de las vacas alineadas en el establo.

—Hola Ekomilk —que así se llamaba la máquina.

Silencio.

Sacó un pequeño ordenador portátil de su maletín cuyo primer comentario fue:

—Blídimin, ¡qué peste!

—Vamos, Compaqpiv, no seas tan delicado, dentro de un minuto te habrás acostumbrado —le respondió Blídimin—. Ahora te voy a enchufar a Ekomilk para que me hable a través de ti, ¿de acuerdo?

—Be abuerbo —respondió Compaqpiv tapándose la nariz.

Blídimin conectó unos cables y volvió a saludar a la máquina:

—Hola Ekomilk.

—Holaholaholaholaholaholahola —respondió Ekomilk apresuradamente.

—Bien, parece que no está tan mal después de todo —murmulló Blídimin.

Blídimin le pidió entonces un análisis de leche a lo que Ekomilk respondió:

humedadhumedadhumedadhumedadhumedadhumedadhumedadhumedadhumedadhumedad8798879887 y así una larga retahíla que Blídimin leyó pacientemente. Cuando terminó, Blídimin le dijo a Compaqpiv que de cada 8 palabras que dijera Ekomilk escribiera sólo una.

—Pale —respondió Compaqpiv con la nariz tapada.

—Ekomilk, dame de nuevo el análisis de la leche, por favor.

Humedad: 87,98 / Proteínas: 3,22 / Grasas: 3,18 / Cenizas: 0,74 / Hidratos de Carbono: 4,88 / Sólidos no grasos: 8,84 / Energía: 61 Kcal —respondió Ekomilk con voz profunda y alegre.

Blídimin golpeó amistosamente el lomo de la enorme máquina y le dijo a sus dueños que funcionaba perfectamente. Pero le dijeron que ese no era el único problema, sino que en la oficina había un ordenador que tenía que registrar los resultados y que no registraba nada. Así que le dijo a Ekomilk que repitiera el análisis cada minuto hasta que él volviera a avisarle, a lo que la gran máquina respondió agradecida obedientemente.

Salieron de nuevo fuera del establo donde el sol tostaba lenta e implacablemente la tierra de la granja. Blídimin, mientras caminaba, se hacía sombra en los ojos con la mano izquierda y observaba el cable que iba desde lo alto de un poste junto a los establos hasta otro poste adosado a una esquina del edificio de oficinas. Pudo ver perfectamente cómo los análisis de Ekomilk iban perdiendo fuerza a medida que se desplazaban por el largo cable, pero eso era algo que sólo él podía ver, por eso los granjeros que le acompañaban le miraban extrañados. En la oficina le presentaron al ordenador que tenía que registrar los análisis de Ekomilk. Era uno pequeñito llamado I386 que en ese momento se dedicaba a jugar al solitario con un oficinista, aunque eso parezca imposible.

—Hola I386 —le dijo cuando el oficinista le cedió el puesto—, ¿puedes oír lo que dice Ekomilk?

—Si te refieres a un tartamudo autista con voz de barítono, te diré que con la voz que tiene podría hablar más alto porque prácticamente no oigo nada de lo que dice.

Blídimin sonrió y le dijo que estuviera atento porque iba a salir un momento. Pidió una escalera a los granjeros y se dirigió al poste que estaba junto a los establos. Abrió el maletín y sacó una máquina pequeña llamada 4wsd9r que cabía en la palma de su mano, una cajita blanca y algunas herramientas que distribuyó por los bolsillos del pantalón.

—¿Has estado alguna vez en el campo, 4wsd9r? —preguntó Blídimin.

—Pues no —respondió la maquinita mirando a todos lados con ojos curiosos.

—Esta es tu oportunidad —dijo Blídimin sonriendo y encaramándose a la escalera hasta la punta del poste donde colgaba el cable que unía a Ekomilk con I386.

Allí arriba parecía que el sol iba a derretir el poste, el cable, la escalera, sus sesos y los iba a dejar a todos juntitos en un charco en el suelo.

—¡Qué calor! —dijo 4wsd9r completamente sorprendido.

—No te preocupes que te pondré una cajita con aire acondicionado para ti sólo.

Cortó unos hilos, empalmó otros y cuando 4wsd9r encendió el piloto verde intermitente con cada palabra que decía Ekomilk, pudo oír con nitidez como I386 gritaba desde la oficina:

—¡¡Que alguien le diga al autista tartamudo que deje de gritaaaaaaaaarrrrrrr!!

Blídimin soltó una carcajada, envolvió a 4wsd9r en la cajita blanca aislante y antes de cerrarla le dijo:

—Disfruta, 4wsd9r —y la cerró con un doble clic hermético.

Bajó de la escalera, guardó las herramientas en el maletín y se dirigió a la oficina muerto de risa porque I386 estaba con los ojos en blanco y los dedos metidos en los oídos. Se sentó con él y le colocó dos filtros, uno para que oyera a Ekomilk sólo si se lo pedían y otro el filtro que había fabricado para el problema de las ocho palabras. Así que cuando le pidió que le informara de qué decía Ekomilk en ese instante, I386 tranquilo, aliviado y sonriente mostró en pantalla la lista de proteínas, grasas y demás componentes de la leche que estaba transmitiendo Ekomilk.

Además preguntó que si lo quería imprimir, Blídimin aceptó y la impresora traqueteó un momento antes de mostrar los resultados en un papel. Por último le pidió a Ekomilk, a través de I386, que dejara de transmitir porque ya estaba todo resuelto, a lo que éste respondió con su estentóreo, y ahora calmado, vozarrón:

OK

Los satisfechos granjeros, después de que el oficinista pagara los servicios de Blídimin y volviera a la tarea que le ocupaba, le agradecieron efusivamente todo lo que había hecho y como muestra de ello le regalaron una caja de 11 tetra-briks de leche recién recién ordeñada.

Blídimin puso en marcha el motor y salió despacio del recinto de la granja, la nubecilla de polvo se levantó penosamente del suelo en el que descansaba y volvió a perseguir al coche mientras se alejaba por la carretera cuaternaria.